

JULIO PRADA RODRÍGUEZ. *EL FASCISMO EN GALICIA. DE LOS ORÍGENES AL DECRETO DE UNIFICACIÓN*. MADRID, CENTRO DE ESTUDIOS CONSTITUCIONALES, 2023

JESÚS DE JUANA LÓPEZ

Universidad de Vigo. Facultad de Historia-Ourense

Recibido: 19/10/23
Aceptado: 31/10/23

Este magnífico libro del ya muy considerado y riguroso catedrático de Historia Contemporánea de la Facultad de Historia de Ourense, gran especialista nacional en temas tan diversos y complejos como la segunda república, guerra civil, represión (es), franquismo y transición, nos describe de manera minuciosa los precedentes del nacimiento de Falange Española, el proceso de unificación de las dos ramas fascistas, la incidencia de la “revolución de octubre”, su participación en la sublevación de julio del 36, para, después, sumergirnos, en una comentada y bien explicada narración, en la formación y desarrollo del fascismo en Galicia.

Lo cierto es que los comienzos fascistas en Galicia no difieren gran cosa respecto a lo que ocurrió en otros puntos de España en los que se ha podido constatar que, desde finales de 1931, existen pequeños núcleos jonsistas que se nutrirán además de algunos antiguos seguidores del doctor José María Albiñana y el Partido Nacionalista Español. A finales de 1933 la implantación de las JONS seguía siendo exigua, a pesar del impulso organizador y del dinamismo de jóvenes líderes que animaron su actividad, sobre todo en las ciudades, como ocurrió en A Coruña con Juan Canalejo, o en Ferrol con Jesús Suevos, o en Santiago de Compostela con el futuro catedrático de Historia Antigua, Santiago Montero Díaz, uno de los dirigentes más caracterizados e importantes del momento gracias al apoyo de su plataforma universitaria. Y lo mismo ocurría con otras ciudades, como Ourense, o Lugo, u otras más pequeñas.

Esto nos está indicando ya el carácter eminentemente urbano de estas pequeñas redes preliminares del fascismo gallego y su debilidad inicial propiciada, en

gran parte, por la represión gubernamental, los ataques de las izquierdas y el nulo apoyo de los sectores conservadores. La extracción social de estos primeros falangistas era muy dispar. Estos jóvenes pertenecían a familias de un amplio espectro conservador, sobre todo, aunque también los había de antecedentes liberales, pero la mayoría provenía de ambientes mauristas, upetistas de Primo de Rivera, calvosotelistas de la Unión Monárquica Nacional (UMN), tradicionalistas, albiñanistas ... que, aunque distintos, coincidían ideológicamente en puntos fundamentales como: patria, religión, antimarxismo, exaltación del liderazgo, lenguaje marcial, tradición y contrarrevolución. En la práctica, su interés era formar una milicia que disputara la calle a las juventudes marxistas.

En este empeño se empezaron a hacer visibles después de los acontecimientos de octubre de 1934, que coincidió también con el avance de su organización y el crecimiento de sus afiliados, proceso que se haría más notable a partir de la visita y mitin de José Antonio en Vilagarcía de Arousa a mediados de 1935, considerado como el momento real de la fundación de la Falange gallega.

En este incremento de afiliados tuvo mucho que ver la conjunción de elementos más o menos irracionales relacionados con la juventud, lo heroico y lo revolucionario, amalgamados todos ellos en torno a la violencia y a la creencia de una misión común que, basada en el culto a la nación y a un líder carismático, superaba las “viejas políticas” y la lucha de clases. Pero esto hizo que la Falange gallega, igual que le ocurrió a la nacional, se viera enfrentada a las mismas contradicciones internas, ya que la extracción sociológica de la mayoría de sus líderes contrastaba con su discurso revolucionario y con las expectativas de cambio que, en modo alguno, pretendían que alterase la estructura social vigente.

Con todo, en opinión del autor, no debemos deducir que el pensamiento y la acción política de los jóvenes fascistas fueran idénticos a los de sus progenitores. Pues había bastantes diferencias, empezando por la reivindicación de lo “nuevo” frente a lo “viejo” y situando a lo “juvenil” por encima de la lucha de clases. Aunque pesaban más las semejanzas, derivadas de una serie de valores nucleares que la República de izquierdas no garantizaba, como eran la religión, la familia, la propiedad y la unidad de la patria.

La implicación de Falange en la intentona golpista urdida en el contexto de las elecciones de febrero de 1936 también resulta muy expresiva de estas contradicciones internas. Como si fueran unas prácticas antecesoras del papel que iban a asumir cinco meses más tarde, estaba previsto que sus afiliados se encargasen del discreto servicio de información, de vigilar a los más caracterizados dirigentes izquierdistas, de apoyar a las tropas cuando salieran a la calle y de ayudar al mantenimiento del orden. La violencia política de los meses siguientes, tanto la infligida por los jóvenes fascistas como la padecida por la acción de unas izquierdas enva-

lentonadas por el triunfo electoral, tuvo como resultado un notable incremento del desorden público, que no supo cortar o encauzar una desafortunada gestión por parte de las autoridades, que amedrentó a las clases conservadoras y a muchos mozos derechistas, a los que reforzó su espíritu de grupo cada vez más compacto y más decidido a conquistar primero la calle y después el poder. En definitiva, los jóvenes fascistas se dieron cuenta de que no era posible frenar a las masas izquierdistas con los recursos tradicionales de sus mayores, y que era necesario disputar la calle al marxismo internacionalista. Utilizar sus mismas armas. Juventud militante contra milicia juvenil. Violencia versus violencia.

La ilegalización de Falange Española de las JONS y la política de dispersión de sus cabecillas tuvo como resultado el debilitamiento de su estructura de mandos, pero no logró desarticular por completo los canales de comunicación, los dirigentes presos fueron rápida y fácilmente sustituidos, contactaron enseguida con las células existentes y establecieron puentes con simpatizantes locales que introdujeron a sus clientelas en las secciones ya existentes, o crearon otras nuevas. De tal manera que, cuando se produce la sublevación de julio de 1936, la Falange había dejado de ser una formación compuesta en exclusiva por señoritos, estudiantes, pequeños burgueses y miembros de la clase media conservadora temerosos de la llegada de la revolución, para convertirse en interclasista con la inclusión de sectores populares de extracción campesina y obrera. Esto le facilitará que, aunque había sido un actor secundario en la fase de planificación del golpe, por causa de la división del Ejército y la resistencia de las masas izquierdistas, adquiriese un papel protagonista en el control del territorio dominado por los rebeldes.

Aun así, las escasas simpatías del Ejército y la Iglesia hacia el nacionalsindicalismo y su gran capacidad de influencia le restaron posibilidad de maniobra para marcar un rumbo propio al nuevo Estado, que no llegó a ser *tan fascista* como quisieran. La necesaria alianza con los grupos dirigentes tradicionales para asegurar la victoria y más tarde participar de su administración era a lo más que podía aspirar un movimiento que carecía de fuerza para conquistar el Estado en solitario.

Esto hace que, al menos en Galicia, los fascistas se encuentren en el campo de la contrarrevolución con algunos de los más genuinos reaccionarios y se influencien mutuamente asimilando valores compartidos, con más o menos matices, que se habían ido conformando a lo largo de un proceso marcado por una serie de momentos clave, como pueden ser: octubre de 1934, febrero de 1936, julio de ese mismo año, abril de 1937... En realidad, el resultado del golpe de Estado y la guerra civil no deja de ser, en cierto sentido, paradójico, porque la victoria del “ejército nacional”, que en Galicia se consuma inmediatamente, representó el final del proyecto más genuinamente fascista de Falange, pero al mismo tiempo, en la práctica, consiguieron alcanzar los objetivos fundamentales de aquella aspiración

y convertir al fascismo en un partido de masas en el que concurrían las diferentes tradiciones contrarrevolucionarias y reaccionarias hispanas.

En resumen, Julio Prada nos ofrece en este excelente trabajo un profundo y riguroso relato de cómo, poco a poco, acompasado con el ritmo nacional, el fascismo gallego empieza a emerger débilmente en un contexto socio-político determinado, se desarrolla a lo largo de la etapa republicana, especialmente en momentos clave, y llega a su momento álgido después del viaje de José Antonio en marzo de 1935 y, sobre todo, con las elecciones de febrero de 1936 y la guerra civil. Pero al mismo tiempo que nos describe el éxito falangista, el prof. Prada nos descubre su gran fracaso porque, al final, no pudo hacer la revolución nacionalsindicalista que predicaba y, por el contrario, facilitó la permanencia de los intereses de las élites y fuerzas tradicionales conservadoras.